

# Una **Caja** llena de **dientes**

TERESA BROSETA







Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



### **Ilustración**

Antonio Perera

### **Coordina la colección**

Equipo Dylar

### **Diseño**

Alfonso Méndez Publicidad

### **Maquetación**

copion

### **Fotomecánica**

copion

### **Impresión**

Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-96485-15-0

© Teresa Broseta

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: [dylar@dylar.es](mailto:dylar@dylar.es)

[www.dylar.es](http://www.dylar.es)

Una **Caja** llena  
de **dientes**

TERESA BROSETA



 **DYLAR**  
ediciones

## ***Teresa Broseta***

---



¿Conoces a la autora?

Teresa Broseta nació en Valencia, donde sigue viviendo todavía. Trabaja en la Administración haciendo cosas muy serias y un poco aburridas con números y papeles, y después, cuando tiene tiempo, disfruta mucho escribiendo.

Ha publicado libros tanto en castellano como en valenciano, y ha obtenido algunos premios de narrativa y poesía infantil. Aunque ha escrito alguna que otra cosa para adultos, lo que más le gusta es escribir para niños y jóvenes. Entre sus libros podemos destacar "*¡Hermanos hasta en la sopa!*", "*Zumo de lluvia*", "*Le costures del món*" o "*Berenars amb Cleopatra*".

## ***Rellena tu ficha***



Teresa Broseta nació en.....

.....

trabaja en la .....

.....

cuando tiene tiempo escribe libros

como .....

.....

Ha obtenido alguno premios de

narrativa y .....

lo que más le gusta es .....

.....

Otro de sus cuentos se titula .....

.....

.....

.....







## ***Una caja llena de dientes***

**C**oral ha abierto los ojos antes que ningún día, más espabilada que una lechuza. ¿Qué le habrá dejado esta vez el ratoncito Pérez? Ya le ha traído una caja de pinturas, dos libros y una camiseta de manga corta. ¡Se le están cayendo un montón de dientes! ¿Qué se le habrá ocurrido hoy? Antes de que pueda meter la mano bajo la almohada, oye sonar el despertador de su madre. ¡Odia ese ruido casi tanto como las acelgas hervidas! Como por arte de magia, como todos los días, su madre aparece en la

puerta llena de energía y de prisa:

—¡Buenos días, bonita! ¿Has dormido bien? Yo, estupendamente... Creo que he soñado que iba en barco, pero no estoy segura. ¡Venga, perezosa! ¡Arriba! Ponte los pantalones de pana, hoy hace un frío que pela... ¡Y el polar rojo, que te queda chulo! Tienes el desayuno en la cocina, yo voy a ducharme volando...

Y volando sale de la habitación, antes de que Coral pueda abrir la boca para contestar. ¡Más que una madre es un terremoto! Mientras se viste a toda prisa, Coral oye correr el agua de la ducha. Y oye también la voz desafinada de su madre, cantando a pleno pulmón algo imposible de reconocer. ¡Qué energía! Todo lo hace deprisa, y, lo que es peor, está convencida de que los demás pueden hacerlo tan deprisa como ella.



No puede soportar que la hagan esperar, ni siquiera un poquito... Pero Coral no puede correr tanto por más que quiera. ¡O, por lo menos, no puede correr tanto sin olvidarse de algo por el camino!

Esta vez, con las prisas, se olvida completamente del ratoncito Pérez. ¡Qué cosas! Corre a la cocina abrochándose aún los pantalones, se traga el desayuno casi sin masticar y quemándose la lengua, y pasa como un huracán por el cuarto de baño. Cuando acaba, su madre ha abierto ya la persiana y atiende a los primeros clientes del día. ¡Qué cómodo es tener la tienda en la parte de atrás de la casa! Lo que más le gusta a Coral es que el olor de la fruta fresca perfuma todas las habitaciones. Lo que más le gusta a su madre es que puede pasar de la ducha al trabajo

sin perder ni un segundo. Y a su padre, que come por siete, lo que más le gusta es desayunar cada día con pan recién horneado.

Es que en Villapinos, el pueblo de Coral, solo hay dos tiendas. Una es la de Pedro el pelirrojo, donde se venden todas las herramientas para trabajar en el campo y también la comida de los animales. La otra es la de Inés, la madre de Coral, donde se vende todo lo demás. ¡Sí, sí, todo lo demás! Gominolas y arroz, lejía y zapatos, fruta y periódicos... ¡Es un batiburrillo impresionante! Solo una persona tan enérgica y tan organizada como Inés es capaz de aclararse allí dentro. Ella ordena la tienda en un periquete, encuentra sitio para almacenarlo todo y sabe siempre dónde encontrar cada cosa.

Además de hacer todo eso, no deja de charlar por los codos ni un

momento. Toda la gente del pueblo pasa por la tienda de Inés a comprar algo, y ella tiene conversación para todos. Y, por supuesto, se entera tarde o temprano de todo lo que pasa en el pueblo. Sabe cuántos gatitos ha tenido la gata de Paco y cuántos claveles nuevos han crecido en el balcón de la señorita Aurora. Sabe que a Rosa no le gustan las espinacas y que Daniel, el hijo del alcalde, llora a moco tendido cada vez que le toca cenar pescado. Sabe que Pedro el pelirrojo se duerme todas las noches con la luz encendida, y que la vieja María no duerme y se pasa las noches leyendo novelas de amor. Y sabe, por supuesto, cuántos dientes se le han caído ya a cada niño del pueblo... ¡Empezando por su hija!

Cuando Coral sale corriendo con la mochila a cuestas, le pregunta con una sonrisa:

—¿Qué te ha dejado hoy el ratoncito Pérez?

—¡Ostras! —grita Coral, soltando la mochila en mitad de la tienda— ¡Se me ha olvidado mirarlo!

—Un día se te olvidará la cabeza... —suspira su madre— ¡Ve a verlo!

Coral corre de vuelta a su habitación, levanta de un tirón la almohada y se encuentra con una cajita de madera del tamaño de una baraja de cartas.

—¡Una baraja! —exclama— A ver si es de familias...

Cuando coge la caja para abrirla, le llama la atención el ruidito que se oye en su interior. Más que una baraja de familias, parece una maraca con una forma muy poco corriente... No tiene ni idea de qué puede ser, así que la abre con una sonrisa. ¡Le encantan las sorpresas!

Esta vez, sin embargo, la sonrisa se le borra en cuanto consigue abrir la tapa y mirar el interior de la caja...

—¡Qué asco! —grita, a la vez que suelta la caja sobre la cama como si quemara.

El contenido de la caja está desparramado ahora por encima de la cama deshecha de Coral, y ella mira con muchísimo asco todos aquellos dientes. ¿De dónde han salido? ¿No se supone que el ratoncito Pérez se lleva los dientes? Pues a ella le ha traído un buen montón... ¡Algo no cuadra en esta historia!

—¡¡¡Coral!!! ¡¡¡Vas a llegar tarde al cole!!!

La voz de su madre llega desde la tienda como una trompeta. Es verdad, va a llegar tarde, pero no puede dejar aquello hecho un desastre...Coral busca a toda prisa en uno de los cajones del armario,



saca un viejo guante de lana y se lo pone sin dejar de hacer cara de asco. Con el guante puesto, coge los dientes uno a uno con el índice y el pulgar y los va dejando dentro de la caja tan rápido como puede. Después vuelve a poner la caja debajo de la almohada, echa el edredón para tapar el desorden y vuelve otra



vez a la tienda a recoger su mochila. Su madre, a pesar de la cola de clientes, vuelve a preguntar:

—¿Qué te había traído?

Coral mira a los clientes y no se anima a contestar. No le apetece nada que todo el pueblo sepa que el ratoncito Pérez, en vez de un regalo, le ha dejado solo una caja llena de dientes asquerosos...

—¡Después te lo cuento! ¡Voy a llegar tarde!

Y su madre no dice nada, porque tiene razón. Son casi las nueve... Coral se pone la mochila, besa apresuradamente a su madre, coge un plátano de una cesta en la que hay muchos plátanos más y sale zumbando en dirección al colegio. No puede aguantar las ganas de encontrarse con Iván, su mejor amigo, y contarle todo aquello de la caja misteriosa...